

MARTÍN DE RIQUER MORERA, CONDE DE CASA DÁVALOS (BARCELONA, 1914-2013)

Tuve la suerte de ser alumno del profesor Riquer durante el curso 1979-80, cuyas clases dividió entre los trovadores y el *Quijote*, dos de sus grandes campos de interés. Fueron sus lecciones las mejores de mi vida: un prodigio de sabiduría y amenidad que dictaba sin ningún apoyo escrito, saltando del dato erudito a la anécdota relevante, del recitado “de coro” de fragmentos enteros de Cerverí de Girona a la historia social de la Cataluña que se encontró don Quijote; o erigiéndose en comparatista “avant la lettre”, con frases del tipo: “Marcabré es como Góngora, ahora se lo explicaré...” Versátil en todos los sentidos, y especialmente en el humano, profundamente respetuoso y tolerante, escuchaba las propuestas de los estudiantes que nos acercábamos a hablar con él, animados por su contagioso amor a los textos literarios de todas las literaturas románicas, porque nunca separó su profesión de su vida. Aquella combinación de rigor científico, sentido histórico y entusiasmo de lector que demostraba como docente también supo llevarlos al papel, porque acompañó la altísima investigación positivista (aunque también fue un decidido defensor de algunas hipótesis) con la divulgación de calidad, como demuestran, por ejemplo, los ensayos sobre el *Quijote*, ya que creía firmemente que nuestro mayor clásico debía de estar a la altura de cualquier persona medianamente culta, de cualquier condición o profesión.

Su enorme voluntad de trabajo la volcó fundamentalmente en el estudio de las grandes literaturas románicas (catalana, castellana, provenzal, francesa, portuguesa e italiana), porque las consideraba como un conjunto que no se explicaba ni se entendía aisladamente: el *Cantar de mio Cid* tenía que leerse a la luz de la *Chanson de Roland*, o la poesía de Petrarca, Ausiàs March y el marqués de Santillana a la de los trovadores. Aquella formación de romanista lo asimiló a los grandes comparatistas europeos del siglo XX, como Eric Auerbach, Ernst Robert Curtius, Gilbert Highet o Leo Spitzer. En tal sentido su labor fue gigantesca, hasta el punto de ser una de las autoridades intelectuales y académicas con mayor reconocimiento internacional, uno de los sabios más grandes de Europa o de Estados Unidos. En el terreno estricto de las

letras peninsulares, lo que fue Rubió i Lluch para las letras catalanas en su contexto cultural, Milà i Fontanals para la poesía peninsular tradicional, o Menéndez Pidal para la lírica de tradición oral, la épica, la cronística castellanas y el romancero, o Dámaso Alonso para la poesía del Siglo de Oro, lo fue el maestro Riquer para la épica románica y española, para la poesía trovadoresca; para el *roman courtois* y sus derivaciones (la novela de caballerías y la caballeresca, que distinguió razonadamente); para la heráldica y las armas; para el humanismo catalán, al que dedicó sus más tempranos estudios, o para Ramón Llull y su entorno cultural. Con tan solo uno de los ítem citados se justificaría una vida; pero Riquer, además, editó y estudió admirablemente el *Quijote*, *La Celestina* y la poesía de Juan Boscán y de otros muchos poetas catalanes, *La vida es sueño*, *El caballero Zifar*, el *Corbacho*, de Martínez de Toledo; a varios poetas españoles: desde Juan de Mena (su *Yliada en romance*) a Fray Luis de León. Me limitaré a espigar algunas de sus contribuciones más relevantes entre las cerca de cuatrocientas entradas de su bibliografía.

Los primeros pasos del jovencísimo estudioso, de apenas veinte años, los dedicó a la necesaria tarea de desbrozar y definir correctamente la linde entre épocas, en concreto entre la Edad Media y el Humanismo; lo hizo con un rigor filológico inusual en aquellos tiempos, a fin de ilustrar la polémica coetánea sobre el incipiente humanismo catalán, con tres obras fundacionales, y no sólo para el ámbito de las letras catalanas: *L'humanisme català (1388–1494)* (1934), *Humanisme i decadència en les lletres catalanes* (1934) y *Comentaris crítics sobre clàssics catalans* (1935); complementadas con la edición del *Scipió e Anibal. De providència. De arra de ànima*, de Antoni Canals (1935). Antes, con diecinueve, en 1933, publicó sus primeros artículos, dedicados al protohumanista catalán Bernat Metge: “Influències del *Secretum*, de Petrarca, sobre Bernat Metge” y “Notes sobre Bernat Metge”; en 1950 publicó las *Obres completes i selecció de lletres reials* del barcelonés; las tradujo y amplió en 1959; ya en 1984, tradujo y reeditó *El sueño*. De semejante envergadura es la traducción del *Libro de Amigo y Amado* y *El desconsuelo* (1950 y 1985), de Ramon Llull. También analizó las traducciones catalanas de los clásicos y de le “tre corone” italianas, como la que el poeta Andreu Febrer hizo de la *Divina Comedia*.

Ya como profesor de la Universidad de Barcelona (desde 1942), destacan, en el campo estricto de las letras españolas, además de la edición del *Tesoro de la lengua castellana o española* (1943), de Sebastián de Covarrubias, donde exhumaba esta fundamental obra de referencia, la *Prosa escogida*, de fray Antonio de Guevara (1943), el *Fiel desengaño contra la ociosidad y los juegos*, de Francisco de Luque Fajardo (1955), o la *Celestina* (1959 y 1974). Mención aparte merecen los importantísimos trabajos cervantinos, especialmente sobre el *Quijote*, desde la temprana edición de la obra, considerada una de las clásicas (1944), que fue reeditando con aportaciones nuevas hasta 1987 y complementando con estudios de detalle o de gran envergadura: Cer-

vantes y el “Quijote” (1960), *Aproximación al “Quijote”* (1970), *Cervantes, Pasamonte y Avellaneda* (1988), *Cervantes en Barcelona* (1989) y *Para leer a Cervantes* (2003). Antes había editado el *Quijote* de Alonso Fernández de Avellaneda (1972), subrayando aspectos relevantes hasta la fecha inadvertidos.

Si ampliamos el horizonte al ámbito románico, encontraremos grandes estudios, siempre referentes fundamentales de la crítica y abordados con la amplitud de miras, el rigor comparatista y la precisión que le prestaron sus innumerables lecturas en todos los idiomas de la Romanía. Una visión de conjunto sobre la novela de caballerías la ofrece el excelente y ameno *Cavalleria fra realità e letteratura nel Quattrocento* (1970); en las letras peninsulares: *Caballeros andantes españoles* (1967); particularmente, el exquisito *Vida i aventures del cavaller valencià don Pero Maça* (1984 y 2004). Pero antes, en 1947, ya había editado la obra maestra de la novela de caballerías: el *Tirant lo Blanc*, de Joanot Martorell y Martí Joan de Galba; luego publicó el *Tirante el Blanco: traducción castellana de 1511* (1947–49); lo estudió en *Aproximació al “Tirant lo Blanc”* (1990), donde negaba la coautoría de Martí Joan de Galba y señalaba algunos hechos y datos históricos anteriormente inadvertidos (le valió el Premio Nacional de Ensayo), y “*Tirant lo Blanch*”, *novela de historia y de ficción* (1992 y 2013). Complementétese con el delicioso *El combate imaginario: Las cartas de batalla de Joanot Martorell* (1972), en colaboración con Mario Vargas Llosa. A medio camino entre las caballerías, lo caballeresco y la historia, las riquísimas *Llegendes històriques catalanes* (2000). Los rasgos propios de la novela de caballerías, que no de caballeresca (el *Tirant*), se comprueban en sus imprescindibles *Estudios sobre el “Amadís de Gaula”* (1987).

Otro de sus campos de interés es la épica románica, ya sea en su sentido más amplio (*La leyenda del Graal y temas épicos medievales*, 1968), ya en relación con la española (*Los cantares de gesta franceses (sus problemas, su relación con España)*, 1952); ilustró la relación entre las dos con la inclusión del *Roncesvalles* navarro como un apéndice a la edición del *Roland: “Chanson de Roland”*. “*Cantar de Roldán*” y el “*Roncesvalles*” navarro (1983). Complementario de los dos anteriores, el *roman courtois*, pues editó la traducción medieval del *Perceval* o *El cuento del Grial, de Chrétien de Troyes* (1961), que reeditó ampliado en 1989, bajo el título de *El cuento del grial de Chrétien de Troyes y sus continuaciones*, y en 1995, con Isabel de Riquer; también estudió y editó, de Alan Chartier, *La belle dame sans merci, amb la traducció catalana del segle XV de fra Francés Oliver* (1983).

Como una derivación del anterior ítem, sus estudios sobre la novela sentimental (la hipótesis de la autoría de la anónima *Triste deleitación*) y otros muchos campos de interés, contiguos o a afines, como los estudios de la armas, escudos y blasones, o la heráldica, que son *realia* que permiten datar los textos, anotarlos rigurosamente y, en fin, acercarnos la historia cotidiana, y la gran historia, de aquellos tiempos. Deslumbrantes son sus *Heráldica catalana des de l’any 1150 al 1550* (1983), en dos volúmenes, y *Heráldica Castellana en tiempos de los Reyes Católicos* (1986), o los previos *Manual de heráldica*

española (1942), el *Vocabulaire héraldique en six langues* (París, 1952), o *Els castells medievals de Catalunya*, en colaboración con L. Monreal (1955). Sobre el conjunto de las armas, *L'arnès del cavaller: armes i armadures catalanes medievals* (1968); antes había publicado las *Lletres de batalla, cartells de deseiximents i capítols de passos d'armes*, en tres volúmenes (1963-1968).

El profesor Riquer llegó a ser la máxima autoridad mundial en la poesía trovadoresca en todas sus lenguas, y en las biografías de sus creadores, como demuestran sus tres impresionantes volúmenes, *Los trovadores, historia literaria y textos* (1975), de 1751 páginas, que se deja complementar con *Vida y amores de los trovadores y sus damas* (2004). Antes había publicado las *Poesías de Bernatz de Ventadorn* (1940), la obra de *El trovador Cerverí de Girona* (1946); más tarde publicará *Les poesies del trobador Guillem de Berguedà* (1971 y, muy ampliada, en 1996) y las *Poesías de Arnaut Daniel* (1994). Sin citar los artículos monográficos específicos, como el dedicado a Guiraut del Luc (1950), Périz de Fozes (1950), Andreu Febrer (1951) o Huguet de Mata-plana (1972), entre otros.

Riquer también dedicó varios estudios a la vida y obra de señeros poetas españoles y catalanes en las dos lenguas: ya en sus primeros lances publicó las *Poesies de Jordi de Sant Jordi* (1935), que reeditará mucho más tarde, en colaboración con Lola Badia: *Les poesies de Jordi de Sant Jordi, cavaller valencià del segle XV* (1984); también de 1935 es la edición de las de Pere Torroella; en 1945, las *Poesías castellanas*, de Luis de Camoens; del mismo año, *Juan Boscán y su cancionero barcelonés*; en 1957, salió la memorable edición crítica de las *Obras poéticas de Juan Boscán*, en colaboración con Antoni Comas i Joaquim Molas. Al gran poeta cuya obra fue referente de varias generaciones, Ausiàs March, dedicó su tesis doctoral: las *Traducciones castellanas de Ausiàs March en la Edad de Oro*, que publicó en 1946; ese mismo año publicó y estudió las *Obras* de Pero Martínez (escritor catalán del siglo XV) y culminó la edición y estudio de *L'Atlàntida*, de Jacinto Verdaguer, en colaboración con Eduard Junyent. Otros poetas catalanes han merecido su estudio y edición: Andreu Febrer, *Poesies* (1951), Gilibert de Próixida, *Poesies* (1954), Arnau d'Erill (1962), Francí Guerau (1973), Joan de Sant Climent (1985) o Ramon Boter (1986).

Además de sus estudios monográficos y ediciones, el conde de Casa Dávalos publicó varias obras generales y de referencia, sin contar las estu-pendas colecciones para sus alumnos, como la *Antología de textos románicos medievales*, en tres volúmenes (1950-1952; adaptada en 1958, en colaboración con Francisco Noy). Innumerables son los artículos para la *Gran Enciclopèdia Catalana* (1969-1980); pero como obra de referencia es más conocida la *Historia de la literatura universal*, en tres volúmenes (1957-59 y constantes reediciones y reimpressiones), que firmó con José María Valverde, o la *Història de la literatura catalana*, (1964-66, también muy reeditada), en otros tres y con un total de dos mil doscientas páginas; más tarde publicará una *Literatura catalana medieval* (1972). No quisiera olvidar sus estu-pendas

Quinze generacions d'una família catalana (1979 y 1998), una recopilación de documentos de su familia desde el siglo XV en que, además de recorrer su árbol genealógico, trufado de personajes curiosísimos, redacta una estupenda historia cultural y social de la sociedad catalana; tan amena, que se deja leer como una novela. Así como los *Reportajes de la Historia* (2010), en colaboración con su hijo Borja, donde espigan deliciosamente situaciones y momentos históricos significativos, con un formato pseudoperiodístico y una redacción muy sencilla, del que ya había editado una primera versión en 1962: *Reportaje de la historia. 136 relatos de testigos presenciales sobre hechos ocurridos en 25 siglos*, 3 vols.; en 1972 apareció el cuarto volumen en colaboración con el citado Borja de Riquer; en la última versión, ya son veintiséis siglos, desde Tucídides al atentado de las Torres Gemelas.

Entre 1960 y 1962, Martín de Riquer fue preceptor del futuro rey Juan Carlos I, que le nombró luego senador por designación real en la legislatura constituyente (1977-1979), y en 2005, Grande de España. Recibió todos los premios importantes: en 1988, el Michel de Montaigne; en 1990, el Premio Internacional Menéndez Pelayo; en 1991, el Nacional de Ensayo que concede el Ministerio de Cultura de España; en 1997, el Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales, y en 2000 fue Premio Nacional de las Letras Españolas. En un ámbito más cercano, el Premio March (1962), el Ramon Llull (1970), el Premio Nacional de Literatura Catalana (1985) y el Bartolomé March (2003), por su ensayo *Para leer a Cervantes*; la Lletra d'Or (1999) y el premio de la Fundació Catalana per a la Recerca (2000). En el plano estrictamente cívico, la Medalla d'Or de l'Ajuntament de Barcelona (1983) y la Creu de Sant Jordi (1992). En 2005 fue galardonado con la Medalla de Oro de la Sociedad General de Autores y Editores (SGAE).

Fue miembro de la Real Academia Española desde 1965; antes, de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, que refundó, restauró y dirigió admirablemente desde 1963 a 1996. Correspondiente de la Real Academia de la Historia, de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, de la Real Academia Galega, del Centro de Cultura Valenciana y miembro de una veintena de asociaciones internacionales, entre las que cabe citar el Institut de France. También fue Jefe de la sección de Literaturas Romances del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) y Presidente de Honor y fundador de la Sociedad Roncesvals. Doctor *honoris causa* por la Universidad de Roma "La Sapienza" y Lieja.

Catedrático de la Universidad de Barcelona desde 1950, donde fue maestro de filólogos que han sido a su vez maestros en las tres filologías más cercanas: española (Sergio Beser, Joaquín Marco, José Manuel y Alberto Blecuá, Francisco Rico, José Carlos Mainer, Aurora Egido o Juan Francisco Alcina), catalana (Antoni Comas, Joaquim Molas, Albert Hauf, Jordi Llovet o Lola Badia) y románica (Gabriel Oliver, Francisco Noy, Isabel de Riquer, Francisco Lafarga, Montserrat Cots, Vicente Beltrán o Carlos Alvar); también se consideran alumnos suyos historiadores como José Enrique Ruiz-Domènec; edito-

res como el malogrado Jaume Vallcorba; escritores, en fin, como Carlos Pujol, Manuel Vázquez Montalbán, Pere Gimferrer o Carme Riera. Ni que decirse tiene que los alumnos de la tercera generación siguen teniendo muy presente las enseñanzas del profesor de tantas promociones de filólogos e historiadores de la literatura, a cuya disposición estuvo siempre, hasta sus últimos días. Descanse en paz.

GUILLERMO SERÉS
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BARCELONA